

EL FIN DE UNA EPOCA

Es sin duda demasiado esquemático, pero no nos parece inexacto, afirmar que la supresión de los jesuitas en 1773 es una victoria del despotismo ilustrado sobre el antiguo régimen, uno de cuyos baluartes más lúcidos, tercos y poderosos era la Compañía de Jesús. Por eso la restauración del XIX —restauración del absolutismo ya divorciado de la ilustración— trajo consigo la restauración de la disuelta orden de los jesuitas. Los jesuitas son llamados a colaborar en los regímenes de corte tradicionalista como elementos de cultura dentro de un orden y son expulsados o perseguidos en regímenes de tipo liberal-radical y naturalmente en las cortas explosiones socialistas. El papado representa en este siglo el símbolo sacralizado del antiguo régimen que se resiste a morir. En él este régimen se muestra patriarcal, paternal en el trato con los que se reconocen pecadores; mantenedor de una ortodoxia inmovilista en lo ideológico y doctrinal; y crítico del espíritu del siglo, de los tiempos modernos, del liberalismo, una crítica de males reales pero instrumentada desde una pretendida edad inocente que se fue. La Compañía de Jesús aparece como el brazo de este papado.

ADAPTACION Y CONTEMPLACION

San Ignacio la había ideado como una caballería ligera, sin amarras institucionales, preparada siempre para acudir donde hubiera peligro, a cualquier campo de acción o a cualquier región geográfica. Por lo tanto una característica suya sería la versatilidad. Una actitud decidida hacia la adaptación. Esta adaptación para San Ignacio no era meramente funcional, suponía un verdadero vaciamiento. Estaba basada en la indiferencia, es decir en la relativización de todo lo que no es Dios y la elección de estrategias y tácticas según este único fin absoluto: encaminar todo a Dios como el modo real de que todo encuentre plenitud. "Nuestra vocación —había escrito San Ignacio al comienzo de las Constituciones de la Orden— es para discurrir y hacer vida en cualquier parte del mundo donde se espera mayor servicio de Dios y ayuda de las almas".

Como se ve es una actitud que mantiene en equilibrio dinámico multitud de elementos contrapuestos. Si algo se ataca, la actitud se endurece, se degrada. Como ilustración vamos a mencionar una sentencia en la que aparece patente este peligro. Se trata de la máxima ignaciana de "entrar con la suya para salir con la nuestra". La formulación no es feliz y está a un paso del manejo inescrupuloso. Sólo tiene sentido si "la nuestra" es la salvación de "la suya", es decir si la gloria de Dios no está hipostasiada en una doctrina, en una institución, sino si la gloria de Dios

LOS JESUITAS

PEDRO

es la salvación del hombre. Si "la nuestra" son nuestra doctrina y nuestros intereses, identificados con la gloria de Dios, eso significa la instrumentalización del otro, la alienación religiosa más completa: el fariseísmo.

En San Ignacio estaba latente ese peligro pero sin duda lo superó: Su temperamento tenaz, su capacidad de liderar y organizar estaban dedicadas realmente a algo que trascendía su gloria personal o la de la institución. San Ignacio era un místico que veía la obra de Dios en los hombres, en las sociedades, en la historia, y trataba por todos los medios de ser dócil a ella, de secundarla.

Y podemos decir que muchos jesuitas de la antigua Compañía tomaron en serio su tiempo para salvarlo: y existió un humanismo jesuítico —bien es verdad que un poco corto de vuelo, pero sólido y erudito— y existieron científicos y existieron jesuitas brahmanes y jesuitas que se tomaron en China tan en serio a Confucio que los acusaron de sincretistas y los obligaron a abandonar la empresa, y en América latina un Zaldívar o un Clavijero son de los primeros en sentir ese hálito materno de la nación y no pararíamos de hablar de las reducciones, de las misiones, de los colegios y universidades, de los historiadores, de los lingüistas...

Pero queda en pie la observación de que lo que San Ignacio diseñó sólo se podía mantener rehaciéndose constantemente. Una vasta organización sin apenas normas concretas, con una economía descentralizada, propugnando una acomodación profunda a cada medio, con una unión ante todo espiritual y de talante de vida, lograda a base de una larga formación religiosa y humana es algo muy difícil, casi un milagro sociológico. Por eso ya casi en los albores de la Orden varios Superiores Generales trataron de institucionalizarla más.

LOS JESUITAS: UN TRATAMIENTO HOMEOPATICO DE LA MODERNIDAD

Esta tendencia institucionalizadora cobra unas dimensiones casi exahustivas en la Compañía de Jesús restaurada. El artífice sobre todo fue el padre Roothaan,

pero las tendencias estaban en el espíritu de la restauración eclesiástica. Y los jesuitas habían sido restablecidos por el papado para ser el brazo militante de esta restauración. El peligro de esclerosis era evidente. De este modo la Compañía de Jesús fue llamada a emplear su capacidad de adaptación para no adaptarse: cambiar para no cambiar.

El papa había dicho "non possumus" (no podemos) y se había marginado del mundo hasta que pasara la tormenta, hasta que la historia le diera razón. Y es cierto que la modernidad nacía con taras. Y fue históricamente positivo que el cristianismo dijera no. Pero fue una negación poco dialéctica, no daba vida. Y sin embargo, aunque no se fuera de este mundo, había que vivir en él.

Entonces surgió la Compañía de Jesús como un tratamiento homeopático de la modernidad. En el siglo XIX surgieron muchas instituciones eclesiásticas porque, con la reserva que hemos apuntado, hubo un cierto renacimiento. La función de los jesuitas —que se suponía que eran una parte ilustrada de la Iglesia— era la de conocer al mundo para combatirlo, la de meterse al mundo para salvar a la gente del mundo. Y así tal vez con el tiempo salvar al mundo, aunque por entonces no se veía aún pensable esa posibilidad.

Y para eso se crearon instituciones paralelas. Así como antes se habían creado modelos institucionales que estaban a la altura del tiempo histórico y que por eso se multiplicaron y se secularizaron, así lo que se hace más bien en estos 150 años de restauración es copiar modelos, pero poniéndoles el adjetivo de cristianos lo que conlleva un efecto sociológico de segregación, de preservación, de invernadero. Así como el propósito de San Ignacio es ir a la mejor universidad de la época y prueba Alcalá, Salamanca y se establece en la Sorbona y allí nace la Compañía de Jesús para incidir en ella con una actitud abierta, esperanzada. Así en la Restauración se juzga que el mundo y sus instituciones está perdido y se fundan otras no contaminadas, pero claro está marginales. Aquí el matiz es competitivo. Y se fundan cole-

UNA ORDEN MILITANTE
QUE HA PASADO
DE COMBATIR AL MUNDO DESDE EL PASADO
A COMBATIRLO DESDE EL FUTURO

TRIGO

gios, universidades, sindicatos, centros de cultura y recreación con la etiqueta de cristianos que de hecho significaba propiedad privada, limitación y control en la circulación de ideas y de influencias.

Y en esto la Compañía de Jesús se señaló, los jesuitas se mostraron ingeniosos en los modos de entrar en los ambientes más extraños, en los tenidos por más adversos. Pero en cuanto al contenido, los campos estaban completamente delimitados: "lo nuestro" no era "lo suyo". De este modo se suprimía el elemento místico ignaciano, la contemplación de la obra de Dios en los hombres.

Sin embargo esta horma iba quedando cada día más estrecha. Mal podía encajar en ella la visión del catolicismo de De Lubac y sus compañeros de la teología nueva. Una visión tan abierta de la Iglesia desbordaba completamente estos marcos estrechos; pero hasta mediados de siglo la Iglesia no estuvo madura para esta nueva relación con la sociedad y fueron suspendidos de sus cátedras. Algo parecido pasaba con los teólogos alemanes. Son conocidas la sutileza y paciencia que debió derrochar K. Rahner durante muchos años, sin quitarse sin embargo el sambenito de sospochoso de herejía. Otro tanto pasaba con otros que desde otras disciplinas también tomaban en serio al mundo. El caso más representativo sería el paleontólogo y utopista Teilhard de Chardin casi permanentemente censurado y desterrado, que si permaneció jesuita —y no como aguantando sino con gusto— fue por su sentido místico que más allá de la incompreensión que le rodeaba era capaz de ver y esperar profundos movimientos de síntesis.

CARACTER PROGRESISTA DE LA LUCHA CONTRA EL ATEISMO.

El concilio Vaticano II significa la liquidación de la Restauración Católica. Ya no se trata de preservarse del mundo y preservar la tradición, el depósito sagrado de los tiempos. Se trata de salvar al mundo en un diálogo respetuoso y sincero con

él. No se trata de pasarnos al mundo, de negar nuestra identidad, eso sería un mal negocio tanto para la sociedad civil como para la Iglesia. En el fondo se trata de salvarnos con el mundo metiendo en él nuestra levadura y estimulando la simiente viva del evangelio que es el espíritu de Jesús vencedor de la muerte y señor de la historia.

En esta contextura la disponibilidad de los jesuitas se encuentra ante un nuevo reto. Podríamos formularlo con las palabras de Paulo VI. El ha encargado a los jesuitas el combatir el ateísmo. De buenas a primeras esto suena a continuidad con la fase anterior. Y así lo entendieron algunos. Pero enseguida resultó patente que no es una tarea real dedicarse a dar mandobles contra las apolilladas enciclopedias soviéticas o contra la fatuidad cientista a lo Bertrand Russell y menos aún contra aquellos emplazamientos de Sartre a la divinidad de los que ya ni él mismo se acuerda. Los soviéticos se encuentran en plena crisis de valores, el nombre de Russell lo asociamos noblemente a esos tribunales de juicio de lesa humanidad y el viejo Sartre aún sigue en su gallarda pelea por unir la dialéctica y lo personal. Cada vez resulta más evidente que la lucha real contra el ateísmo es la lucha contra la injusticia planificada, legalizada y consolidada. Porque ese es hoy el rechazo del Señor. Este es uno de los grandes aportes de la Iglesia latinoamericana a la Iglesia universal (Medellín, doc. sobre la paz). Y los jesuitas lo han tomado muy en cuenta.

Y en esto consiste sobre todo la crisis de los jesuitas. Crisis para los cristianos significa ante todo el juicio que Jesucristo viene a meter en el mundo. "Yo he venido a poner al mundo en crisis" dice Jesús en San Juan (Jn. 9, 39). Y la crisis cristiana, el discernimiento cristiano se hace desde la cruz. Y la cruz real es la que unos hombres fabrican para otros: la opresión. Viendo al mundo desde este ángulo el mundo y uno hacen crisis. Y si esta visión se intenta poner por obra viene el problema. Esta es la crisis de la Compañía de Jesús. Crisis personal: porque ella debe cambiar

de ubicación. Crisis social: porque si cambia le va a costar caro. Aquí debe obrarse sobre todo el discernimiento, esa actitud tan permanente en San Ignacio y tan fundamental para el jesuita. Y aquí viene la necesidad del contrapeso interior de la mística ignaciana: aquel ser capaces de discernir la obra de Dios en el paso de la liberación de los pobres. San Ignacio tiene una visión decisiva: ve a Jesús que pasa con la cruz. Los jesuitas contemplativos de hoy tienen esta misma visión cuando contemplan a las clases desposeídas.

Para esa socialización de nuestro cristocentrismo los jesuitas necesitamos una reeducación a fondo, reeducación intelectual, pero sobre todo cambio de sensibilidad. Esto pone en crisis a muchos jesuitas. Pero podemos decir que si casi en cada una de las cosas que nos inculcaron hemos tenido que dar un cambio total, sin embargo no hemos experimentado la necesidad de una ruptura interior ya que la mística de la cruz se nos había inculcado con absoluta seriedad. En este punto radical está la verdadera continuidad de los jesuitas en este cambio profundo. Y aquí está precisamente la prueba de fuego donde se discernirá si la vida religiosa, por lo menos tal como la viven los jesuitas, sigue teniendo vigencia.

Hace unos días el padre Arrupe ha planteado el problema con lúcida sencillez a los padres reunidos en la Congregación General:

"Hace falta —dijo el P. General— que nuestra Congregación sea bien consciente de que la justicia del Evangelio ha de ser predicada por la cruz y desde la cruz. Si queremos trabajar por la justicia seriamente y hasta las últimas consecuencias (y esto nos pide a nosotros el radicalismo evangélico ignaciano) enseguida aparecerá la cruz, y con frecuencia acompañada de acervos dolores. Pues si somos fieles a nuestro carisma sacerdotal y religioso, y obramos con prudencia, veremos alzarse contra nosotros a los obradores de la injusticia en la sociedad industrial moderna, que a veces se tienen por óptimos cristianos, y con frecuencia pueden ser nuestros bienhechores, amigos o familiares. Nos acusarán de marxismo y de subversión; nos negarán la amistad, la confianza y la ayuda económica".

Creemos que en este párrafo queda patente el sentido simbólico que este cuestionamiento jesuítico tiene para toda la Iglesia, y de ahí las presiones que se ejercen sobre la Congregación General.

